

Manual del Caballero Rosacruz

Aldo Lavagnini - Magister

016

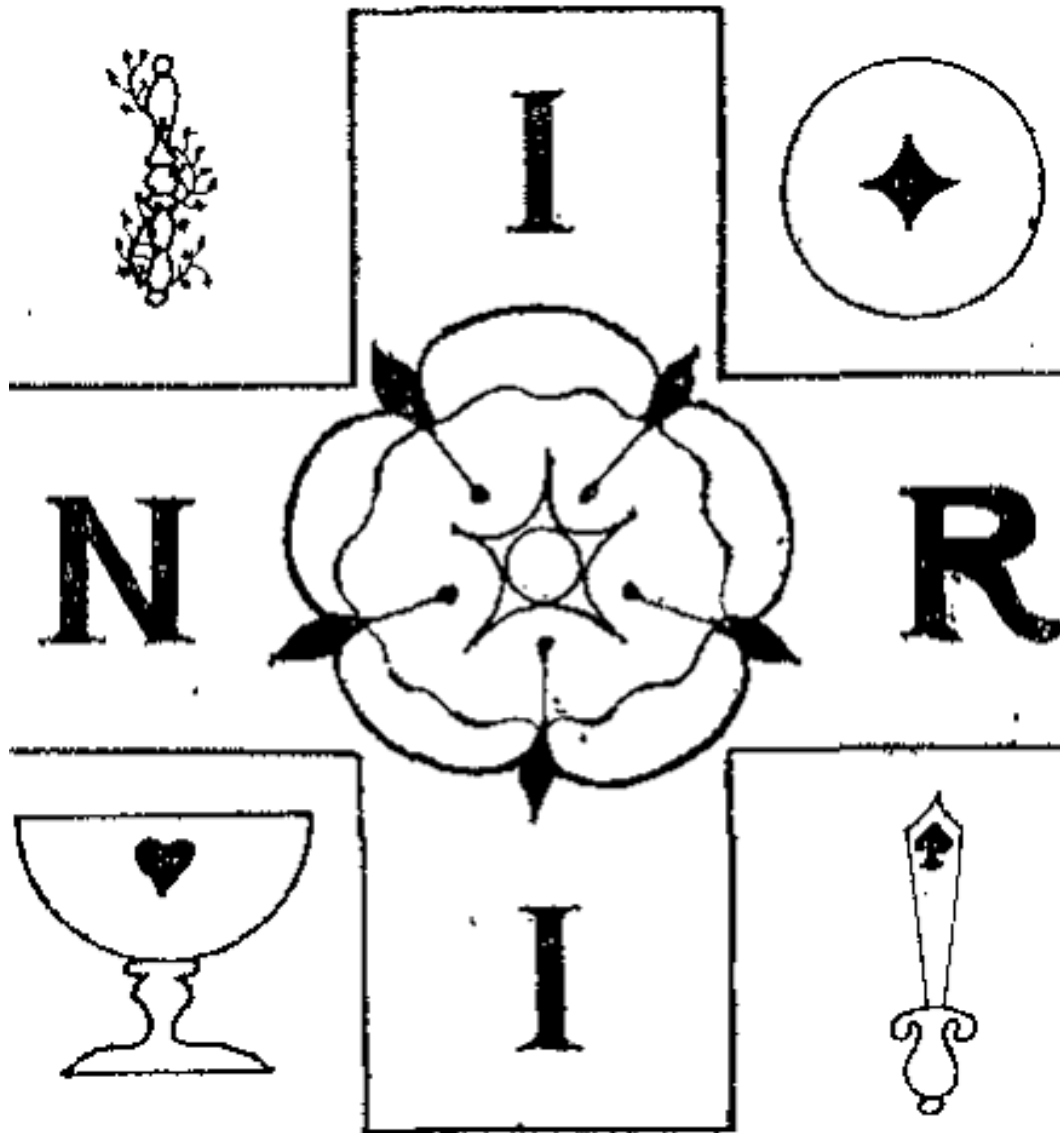
LA “CENA MÍSTICA”

Los trabajos de los rosacruces se concluyen en la Cena Mística, símbolo de la Comunión Espiritual en que se celebra el haberse nuevamente encontrado la Palabra, o sea el Verbo o Logos que es al mismo tiempo la Vida que nos anima, la Luz que nos ilumina, el Fuego que nos purifica y la Sustancia que nos alimenta y nos hace crecer espiritual y materialmente: pues este es precisamente el sentido de los cuatro elementos que representan las cuatro letras de dicha Palabra, crucificada en el mundo de la manifestación.

La luz viene del Norte (de la región de la oscuridad Boreal, residencia y Madre de Apolo) y se manifiesta como vida al Oriente, como fuego al Mediodía, y como sustancia al Occidente. En la Cena, esa Luz es la misma palabra, consumida por el Fuego que se enciende por el entusiasmo de todos los que toman parte en ella. El vino representa la Vida, que anima la Palabra y la hace carne en la Sustancia -que es al mismo tiempo Verdad y Poder- indicada bajo la especie del pan que se reparten los HH. .

La Luz, en cuya búsqueda se han encontrado, es pues aquella que congrega y reúne los CC. ., en la comunión de una misma vida ideal, encendiendo un mismo ardor en sus corazones, y alimentándose todos con los conocimientos que cada cual haya podido lograr separadamente.

El signo del buen pastor en el cual se reúnen los HH. ., alrededor de la mesa, representa la contemplación de la luz por cuyo medio, o sea, según la Verdad así reconocida llega a ser vida inspiradora, fuego purificador, carne y pan en la existencia diaria, se encuentra esa Palabra. En ese signo también reconocemos el sacrificio o sea el don de sí mismo, que nace del corazón, más bien que de la cabeza y que, en lugar de ser **-como en la leyenda de Hiram-** dador de muerte y desolación (pérdida de la palabra), se hace fecundo productor de vida y de alegría (encontrándose ésta nuevamente). Pues, el emblema de la muerte -las tibias cruzadas con la calavera- que se ve en el tercer grado, se hace en este signo precisamente el opuesto emblema de vida que manifiesta el ardor interior.



Ese Pan es la propia Sustancia, el cuerpo viviente del Logos, o sea la Sabiduría Creadora que se ha hecho carne, siendo la Verdad en el Mundo Trascendente y la realidad objetiva y sensible de todo lo que aparece manifiesto sensiblemente: por lo tanto, al mismo tiempo alimenta nuestra inteligencia, origina nuestros anhelos y los satisface, saciando toda hambre espiritual y material.

En cuanto al pan y al vino de la Cena, son en realidad los mismos que hubo de compartir Jesús por última vez, con los doce en la vigilia de su pasión.

De la misma manera el vino, del que beben todos de un mismo Cáliz (Mateo 26-27) es la sangre o sea la Vida de ese mismo Logos, cuya esencia es el Amor, así como la esencia de la Sustancia es Verdad. Por esta razón es derramada continuamente. Pues "Yo soy la vid, vosotros los sedientos: el que está a mí, y yo en él lleva mucho fruto, pero sin mí nada podéis hacer. Como el Padre me amó, también yo os he amado: estad en mi amor" (Juan 15, 5-9). Hay una misma y única Fuente de Vida Universal, de la cual todos pueden tomar según su capacidad de expresada en amor: quien busca su vida, alejándose del reconocimiento o conciencia de la Vida Una con obrar en contra de ésta, tiene que perderla, mientras quien la pierde en el Amor de la Vida Una encuentra la vida verdadera.

La realización de la Sustancia y de la Vida, como expresiones de la misma Esencia Divina o Palabra Creadora (su Cuerpo y su Sangre) es el profundo y vital significado de ese símbolo de la cena: cuando se entiende verdaderamente, se convierte en el sacramento que nos hace partícipes de las ilimitadas posibilidades y de la perfección inherente igualmente en la una y en la otra, dispuestas a manifestarse objetivamente en nuestra propia vida, según las reconocemos y aceptamos. Entonces el pan se transforma en Ambrosía, que es la propia piedra filosofal, formada por los pétalos geométricos de la Rosa Mística; y el vino el Néctar sagrado, o sea, el elixir de larga vida, el rocío viviente que se destila de aquella misma flor Aquí se halla la panacea, o sea el remedio de todo mal y dolencia, de toda enfermedad y miseria, espiritual como material: pero, es preciso que se haga un sacramento en la viviente presencia del Cristo, dentro del propio corazón.

Por lo demás, hay que considerar que ese pan simbólico no se limita a la harina, del trigo que para nosotros elabora la espiga, formándola geométricamente en la luz del sol, por la acción combinada de ésta con su propio impulso vital, que asocian oportunamente las sustancias sacadas del aire y de la tierra; harina empastada y cocida, cuya cocción le da precisamente su nombre. Tampoco es el vino precisamente, el licor que resulta de la fermentación del jugo de la uva, cuyo azúcar se destruye para producir el alcohol. Esos son emblemas relativamente muertos **-por la Cocción y fermentación, con un género de fuego distinto del natural y filosófico, o sea por el Ephestos destructor-** de la sustancia viviente que el reino vegetal nos suministra en todos sus frutos, y del jugo natural de éstos, en que el agua - la linfa de la tierra- se convierte en sangre viva, por la mística presencia del Cristo cósmico en estas bodas químicas de la Naturaleza. Esta es realmente

quien nos inicia en el Misterio de la transustanciación, que cristianamente celebra y nos trasmite los de Deméter y de Dionisio.

